

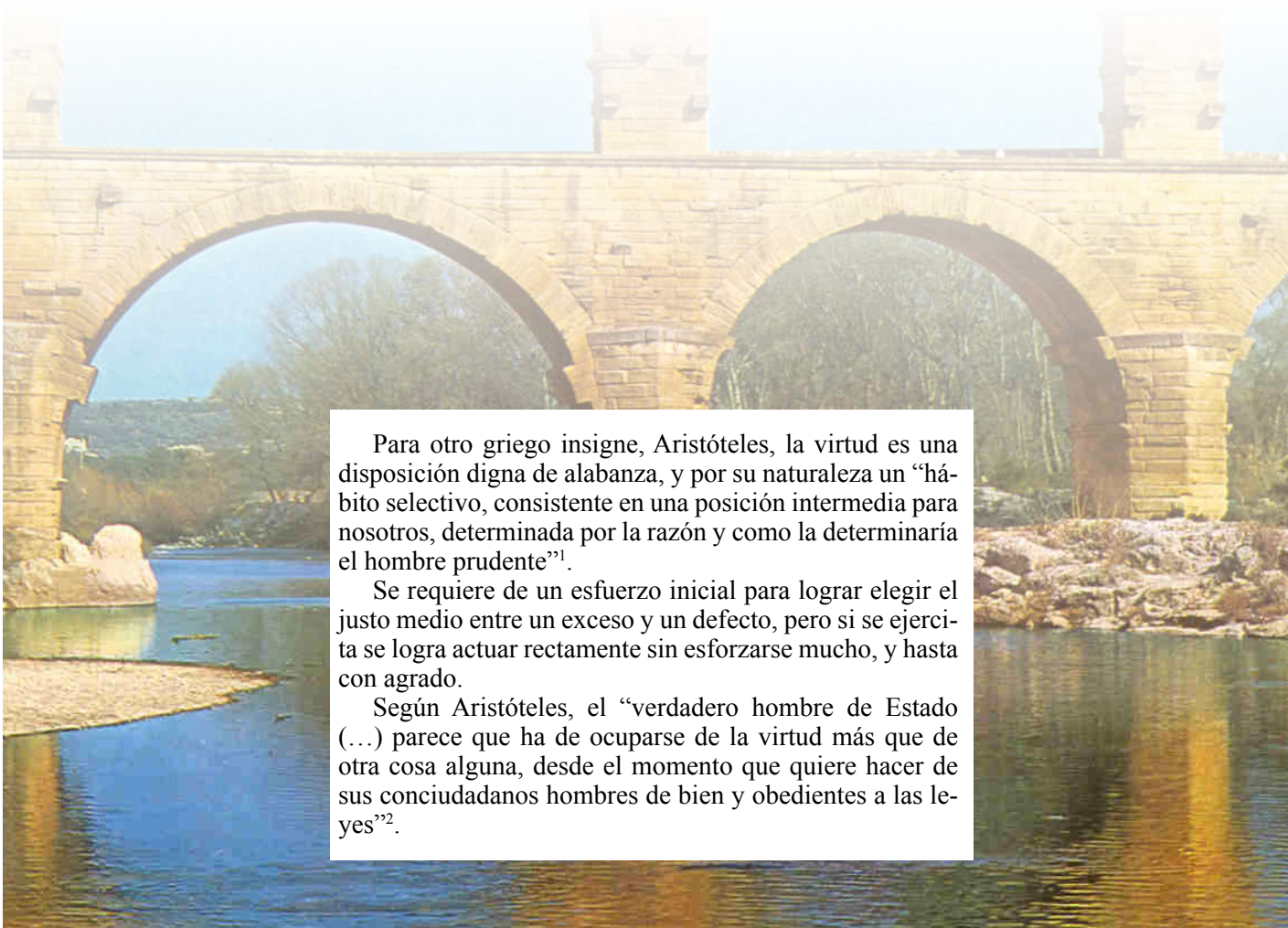
# SUPLEMENTO

## 2<sup>DA</sup> PARTE

# LA EDUCACIÓN DESDE Y HACIA LA VIRTUD: LA TRADICIÓN CLÁSICA Y MODERNA EN EL PADRE VARELA.

**Dr. C. Jesús Armando Martínez Gómez**

Licenciado en Filosofía por la Universidad "Mijail Lomonósov" de Moscú (1987) y Licenciado en Derecho por la Universidad "Martha Abreu" de Las Villas, Cuba (1999). Máster en Globalización y Derecho por la Universidad de Girona, España (2005), Máster en Bioética por la Universidad Católica "San Vicente Mártir" de Valencia, España (2010) y Doctor en Ciencias Jurídicas por la Universidad de La Habana (2013). Profesor de la Facultad de Derecho, Campus San Juan del Río, de la Universidad Autónoma de Querétaro, México.



Para otro griego insigne, Aristóteles, la virtud es una disposición digna de alabanza, y por su naturaleza un "hábito selectivo, consistente en una posición intermedia para nosotros, determinada por la razón y como la determinaría el hombre prudente"<sup>1</sup>.

Se requiere de un esfuerzo inicial para lograr elegir el justo medio entre un exceso y un defecto, pero si se ejercita se logra actuar rectamente sin esforzarse mucho, y hasta con agrado.

Según Aristóteles, el "verdadero hombre de Estado (...) parece que ha de ocuparse de la virtud más que de otra cosa alguna, desde el momento que quiere hacer de sus conciudadanos hombres de bien y obedientes a las leyes"<sup>2</sup>.

En su pensamiento virtud y felicidad están estrechamente relacionadas. Ambas son formas de perfección, pero así como la virtud es un medio, la felicidad es un fin: es el fin de la perfección. El político debe conocer la virtud pues sin ella no podrá lograr hacer de los ciudadanos hombres de bien y de respeto. Y sin respeto a la ley, no se puede preservar el bien común, base de la felicidad de la polis. La felicidad es conforme a la virtud perfecta, y la virtud se logra por la parte humana que distingue al hombre: su alma. Por eso los políticos deberán investigar y conocer bien el alma de los hombres.<sup>3</sup>

A la tradición antigua se incorporó la medieval, que heredó las virtudes cardinales que le legara el mundo antiguo incorporándoles otras que van a tener una inspiración que ya no es immanente sino trascendente: la fe, la esperanza y la caridad, que son calificadas como virtudes teologales. A partir de ahora se hace mucho más compleja la naturaleza del bien, que deviene uno con el ser que resulta de la creación, de la que es un efecto ontológico. San Agustín advierte que sin justicia no hay verdaderas leyes ni Estado, y que sin religión no hay virtud.

La idea de la felicidad como recompensa está en la base del humanismo grecolatino, aunque fundamentada de distintas maneras, según se trate de éticas naturalistas, hedonistas, estoicas, epicúreas, etc. La filosofía moral griega no puede evitar ser *eudemonista* de forma positiva o negativa, es decir, ya sea buscando la felicidad en la consecución de un bienestar desde una posición razonada de equilibrio entre excesos y defectos, o de total o parcial renuncia para evitar el sufrimiento.

Con el advenimiento del Cristianismo se da por sentada la imperfección humana que no puede superarse a través de los esfuerzos y aspiraciones de los humanos en sí, que aunque necesarios no son suficientes. Es preciso del auxilio de lo divino o perfecto para que el hombre pueda superar su imperfección, por lo que ahora ya no bastará con la razón, pues ésta es ciega si no se ve alentada y guiada a cada paso por la fe. Aquí la felicidad sigue siendo entendida como recompensa,

pero ya no se ve solo como resultado de la recompensa al esfuerzo propio sino como un premio que se recibe por las obras y la fe a través de la gracia.

El humanismo cristiano encuentra en Cristo el modelo a seguir. Al igual que Cristo, el hombre deviene plenamente humano cuando supera su naturaleza *per se* pecadora, inspirando sus actos y obrando en conformidad con la fe, que es un pensar asintiendo que no sustenta en hechos lo que afirma. Por tal razón, se puede exhortar a creer pero no obligar, de ahí que el camino de la fe llegue a ser visto como fruto de una elección libre alentada por la gracia. La perfección deviene así aspiración a la realización del *imago Dei*, a la santidad, siendo, por tanto, un proceso de desarrollo de la naturaleza humana en una dirección: hacia el Bien, lo que entraña también su limitación para que no se aparte del camino recto. Por tanto, la virtud cristiana se dirige a la perfección de la naturaleza del hombre mediante obras que se inspiran en la espiritualidad.

El proyecto moderno renovó la concepción de los antiguos, infringiéndole un desarrollo propio, a tono con las nuevas condiciones históricas. Las revoluciones de la modernidad fueron concebidas como proyectos encaminados al logro de un bienestar general que hiciera posible a su vez el bienestar individual. El proyecto humanista en lo fundamental siguió varios modelos de fundamentación. Algunos, como los utilitaristas y naturalistas, siguieron viendo en la ética un medio para llegar a la felicidad, pero otros, como los kantianos y Nietzsche, llegaron hasta el divorcio entre eticidad y felicidad. La perspectiva de fundamentación de los primeros y de Kant siguió siendo racionalista o empirista, pero la de este último fue irracionalista: propuso como nueva perspectiva a los instintos.

En la modernidad se torna mucho

más difícil defender un ideal de vida buena desde el cual poder valorar la vida individual. La tutela tanto moral como legal del valor de la libertad lleva al hombre a la necesidad de respetar la diversidad proyectos sociopolíticos y concepciones morales, aunque la importancia de ser moral siga siendo un hecho imposible sosla-



y a r .  
Tal vez por ello John Stuart Mill reconocía que las personas no sólo desean el placer y evitar el dolor pues es un hecho, aunque tal vez no tan universal, que también desean la virtud y procuran evitar el vicio, y que ese deseo ha de ser desinteresado<sup>4</sup>.

### Félix Varela: educación desde y para la virtud.

Félix Varela combatió la escolástica pero sin desechar los aportes indiscutibles del pensamiento cristiano a la filosofía moral y del Derecho, lo que sin duda ayuda a explicar que insistiera todo el tiempo en la necesidad de la virtud para la vida social y política.

En sus



*Lec-  
ciones  
de filoso-  
fia y en sus  
Cartas a Elpidio*

explica que la sociedad se sostiene en dos tipos de vínculos: la virtud y la ley. La primera constituye un vínculo interno, por lo que se incardina en las llamadas obligaciones o oficios imperfectos, que son aquellos que impelen al hombre a hacer el bien sin coacción exte-

rior; mientras que la segunda constituye una obligación o oficio perfecto toda vez que nos ampara en contra del mal, deteniendo a los perversos con la amenaza del castigo. Pero los hombres diseminados en la sociedad no siempre pueden ser sometidos a la ley, a la que aprenden a esquivar o a evitar, y ello realza la importancia de los vínculos internos que son los que garantizan la unidad entre ellos cuando fallan los efectos de la amenaza exterior<sup>5</sup>.

Varela enseña a la juventud que la virtud de la ciudadanía es el baluarte más seguro en contra de la corrupción de los gobiernos, la instauración de las tiranías y la violación de la ley, a la vez que la garantía más firme para la defensa del bien común y el logro de la armonía necesaria entre éste y los proyectos de felicidad individual. De todas las virtudes, dedicó un espacio importante de su obra a las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), aportadas por el pensamiento griego, sin descuidar la explicación de otras que como el patriotismo, la amistad y la gratitud, que en el contexto social en que le tocó vivir resultaban imprescindibles. Consideró que los enemigos más importantes de la virtud eran la impiedad, la superstición y el fanatismo, en las que ve a los aliados naturales de la corrupción de los gobiernos y de la tiranía. En tal sentido, su pensamiento da continuidad –como el mismo aclara– a la doctrina de los Padres de la iglesia o de las personas declaradas Santas por ésta (San Agustín, Santo Tomás de Aquino y San Ambrosio, entre otros), que insistieron en demostrar que los gobiernos se corrompen cuando quienes mandan no lo hacen según la virtud<sup>6</sup>. Preocupado por el desprecio de que fueron objeto estos hombres por muchos de los pensadores –mayormente filósofos– modernos, advierte:

Una y mil veces lo repito, Elpidio: los impíos que con una ignorancia sólo igualada por su perversidad, han procurado y procuran ridiculizar la religión y retraer a los hombres de la

lectura de las obras de los maestros de la virtud y de la ciencia de la felicidad, no hacen ni han hecho más que favorecer la tiranía. En un pueblo virtuoso es imposible que se erija un tirano.<sup>7</sup>

Seguidor también del pensamiento humanista moderno, creyó en el poder transformador de las luces que provienen de la instrucción y de los beneficios de la educación para el perfeccionamiento moral de la juventud. Pretendió desarrollar la ciencia con conciencia, y orientar desde ella la búsqueda de la verdad de forma creativa y con honestidad, la emancipación personal y colectiva, y la defensa de la justicia. El presbítero cubano basó la enseñanza moral de la juventud en la reflexión y en la persuasión mediante el diálogo, no en la autoridad. Solía conversar mucho con sus discípulos, y cuando se vio obligado a marchar al exilio, reanuda su diálogo con ellos por vía epistolar a través de su ensayo *Cartas a Elpidio* –del griego *elpis*, esperanza–, mediante el cual confía a la juventud la realización de las virtudes de que habla y la orienta de forma amena mediante la conversación sostenida con un interlocutor tan esperanzador. Para persuadir se necesita la confianza, y el diálogo entre dos es una forma de comunicación íntima en la que el intercambio de opiniones es ya un presupuesto que enuncia que quien habla está dispuesto también a escuchar, a ser receptivo. Y sólo pueden dialogar quienes se toman por iguales y se respetan con independencia de las diferencias –de luces, ideas, experiencias, u otras–, pues de lo contrario la supuesta conversación degenera en un monólogo o en un ritual que sirve para encubrir la imposición de una idea mediante el uso de la autoridad o del engaño.

Especial mención merecen en tal sentido sus ideas sobre la tolerancia, que desarrolló sobre la base de la observancia de su práctica en los Estados Unidos. Clasifica la tolerancia en teológica, social y legal, al tiempo que a la primera, que versa sobre la admisión o indiferencia ante los dogmas, la da por imposible. A la segunda, que trata sobre la prudencia de no importunar o



molestar a nadie por motivo de su religión, la considera muy difícil, advirtiendo que sólo es observada por muy pocos que responden a una necesidad que suele ser acompañada por la compasión y hasta por el desprecio, de ahí que con respecto a los católicos tenga lugar sólo cuando no puede infringirse. De manera que admite que únicamente la tolerancia legal, que es la que somete a los infractores a un castigo, pueda existir con toda perfección en ese país. Ello lo lleva a la convicción de que aunque la ley lo disponga e incluso pueda llegar a castigar a sus infractores, en los sentimientos no hay tolerancia.<sup>8</sup>

La actitud pedagógica defendida por Varela lo lleva a reconocer que educadores y maestros son hombres libres, y en cuanto a tales agentes de su libertad en la investigación y en la actuación. Por ello se propone al tiempo que instruye, motivar a los jóvenes para que se conviertan en verdaderos agentes de su perfeccionamiento moral. En sus *Cartas a Elpidio* los orienta para que busquen la autoperfección mediante el ejercicio de la virtud con reflexiones que denotan la fundamentación de una ética para la libertad. La libertad se asegura con las virtudes, pero también el resultado de un vicio –por ejemplo, el despotismo– se puede enmascarar con ellas. Lo mismo ocurre con la impiedad, que nunca es tan peligrosa como cuando se cubre con el velo de la virtud y con la religión misma que pretende destruir<sup>9</sup>. Y entonces, argumenta:

Bajo los amables nombres de heroísmo, nobleza, y otros semejantes, alucina a una multitud de incautos y excita las pasiones más terribles. Los mismos que han sido víctimas de la ambición, se convierten en ambiciosos cuando falta la virtud, y así es que la impiedad proporciona satélites al despotismo...<sup>10</sup>

#### A modo de conclusiones

Hoy se está abogando en muchas partes del mundo por una educación centrada en el enfoque por competencia, que de acuerdo a autores que siguen las pautas de la visión cognitivo-conductual es una “capacidad adapta-

tiva, cognitiva y conductual para responder adecuadamente a las demandas que se presentan en el entorno”. O, en otras palabras, es “un saber hacer para poder hacer frente a lo que se necesita”. Las competencias nos expresan niveles de desempeño en los que se integran conocimientos, habilidades, destrezas, valores y actitudes.

Sin embargo, a pesar de los incuestionables aciertos del enfoque por competencias en él se pone el énfasis en el desempeño y ello está restándole importancia al imperativo de ser moral, que es una condición *per se* y resultado esencial al que debe aspirar toda acción educativa. Ya no se habla casi de virtudes, que son sustituidas en el nuevo contexto en el que se desenvuelve la teoría moral por los valores, concepto mucho más reciente e impersonal.

Consideramos que las virtudes siguen siendo esenciales para la formación moral del ciudadano y del hombre de bien, pues en ellas cristalizan y se personalizan los valores que conforman el carácter, y se manifiestan las actitudes que definen al ser humano. Su formación es costosa porque requieren del esfuerzo, sin el cual no se logran. De ahí la importancia de la disciplina en su educación, que debe ir acompañada de la autonomía para que se puedan originar en la convicción personal y con ella se impida su degeneración en un ritual.

Según plantea Emilio Durkheim, “sólo la disciplina moral puede ejercer sobre el hombre esa acción reguladora, sin la cual no es posible vivir”, porque en cuanto nos enseña a moderarnos y a dominarnos deviene instrumento de liberación y de libertad, y nos permite formar nuestra personalidad. Se trata entonces, de acuerdo al sociólogo francés, de la disciplina asumida con libertad, con autonomía, la que también es formada porque la desarrollamos “a medida que adquirimos una comprensión más completa de las cosas”<sup>11</sup>.

Varela lo advirtió cuando señaló que la libertad se debía garantizar con las virtudes, y apeló al diálogo como estrategia de enseñanza-aprendizaje dada sus posibilidades para el desarro-

llo de la reflexión y la crítica, la empatía y la tolerancia. Según su parecer, todo debe pasar por la conciencia del hombre, instancia imprescindible para la regulación moral que deviene sustento de primer orden de la vida social por el tipo de vínculo interpersonal- autónomo y no heterónimo como el legal- que contribuye a formar. Su concepción de la virtud no se puede entonces entender al margen de su visión de la libertad, que se formó bajo la influencia del pensamiento moderno. Pero tampoco se podría comprender y apreciar en toda su magnitud sin ver su nexa incuestionable con la fe, sin la cual considera que la moralidad siempre estará en riesgo de perecer frente a la corrupción.

No hay patria sin virtud, nos dice, expresando con ello una convicción personal que supo traducir a su labor pedagógica y plasmar en la admirable obra que nos lega el incommensurable patrimonio espiritual de una vida consagrada al perfeccionamiento moral.

---

#### Notas

- 1 Aristóteles. *Ética Nicomáquea. Política*. Editorial Porrúa, México, 1992, p. 23.
- 2 *Ibidem*, p. 15
- 3 *Ibidem*, pp. 3-17.
- 4 Mill, John Stuart. *El utilitarismo. Un sistema de lógica*. Alianza Editorial, Madrid, 1984, p.91
- 5 *Vid.* Varela, Félix. *Lecciones de Filosofía*. T. I., Editorial de la Universidad de la Habana, La Habana, 1961, pp. 255-256; y también Varela, Félix. *Cartas a Elpidio*. 5ª edición, Editorial Félix Varela, La Habana, 1997, pp. 16-17.
- 6 Varela, Félix. *Cartas...*, pp. 25-33.
- 7 *Ídem*, p. 33.
- 8 *Ibidem*, pp. 197-221.
- 9 *Ibidem*, pp. 25 y 35-36.
- 10 *Ibidem*, pp. 35-36.
- 11 Durkheim, Emilio. *La educación moral*. 1ª reimpression de la 4ª edición, Colofón S.A., México, 2011, pp. 59-60 y 134.